

La Novela Film

Núm. 89

30 cts.



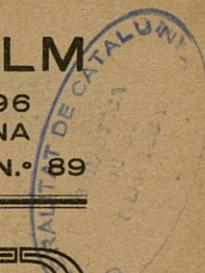
La encantadora Mimi
por Ada Svedin y Charles Willy Kaiser

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

AÑO III

N.º 89



LA ENCANTADORA MIMI

Opereta cinematográfica sistema
NOTO-FILM de Berlín, que dirige

LUDWIG CZERNY

Música del maestro

HANS AILBOUT
(autor de MISS VENUS)

PROTAGONISTAS:

ANA SVEDIN

CHARLES WILLY KAYSER

RUDI OCHLER

Exclusivas TRIAN

Consejo Ciento, 261

BARCELONA

Prohibida la
reproducción

*Revisado por la
censura gubernativa*

Imp. "Vicente", Urgel, 2 — Barcelona.



LA ENCANTADORA MIMÍ

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Era el día en que Carlos XVII de Ponteredo ascendía al trono de sus padres. La simpatía que su pueblo sentía por el joven y arrogante Príncipe, se hizo patente por las muestras de Júbilo con que acogieron su proclamación. La gente se agolpaba por los alrededores de palacio y hubo un momento en que los súbditos, llevados de su entusiasmo, franquearon las puertas de los jardines y mezclados con los palaciegos prorrumpieron en un unánime: "¡Viva el Príncipe!"

Mientras este alborozo se dejaba sentir en todo el pueblo de Ponteredo, Mimí, "la muchacha de Pontecucull", que eventualmente se hallaba en el instituto rítmico-plástico de Ponteredo, se reunió con sus amigas en el jardín del edificio.

Mimí se destacaba de las demás colegialas por la ardiente imaginación que escondía su cabecita

rubia. Fácil al amor y al ensueño, se había enamorado del tenor Octavio d'Olbert.

—Chicas, os tengo que dar un notición—les dijo apenas se hubo presentado delante de sus lindas condiscípulas—. Hoy le he visto. ¡Por fin!...

—¿A quién?—interrogaron a un tiempo sus amiguitas.



Mimi, "la muchacha de Pontecoculi", que eventualmente se hallaba en el instituto ritmico-plástico de Ponteredo...

—¿A quién tiene que ser? Al más guapo y apuesto de los hombres, al tenor Octavio d'Olbert—repuso radiante Mimi.

—Anda, cuéntanos—instaron con manifiesta curiosidad sus amigas.

—¡Me dijo unas cosas tan agradables!... Os aseguro que es de lo más gentil y galante...

Mimi empezó a exaltar las cualidades del cantante y no hubiera puesto término a aquella cuita de amor, si en aquel preciso instante no apareciera la enflaquecida severidad de la Directora, mujer apergaminada y seca como una sufragista *enragée*.

—¿Qué es esto?—interrogó autoritaria.

—Señora, nada; que tengo un corazón que no me cabe en el pecho — respondió burlona Mimi, echando a correr con las demás colegialas.

La Directora las vió alejarse como un revuelo de pájaros, y suspiró resignada en su triste papel de educadora.

¿Realmente, el tenor Octavio era como decía Mimi? Físicamente, nada podía reprochársele.

Podía su juventud y su belleza despertar la pasión de una mujer. En cuanto a cantante... aun no había escalado las cumbres de la fama. Y lo cierto es que pasaba por una angustiosa situación económica juntamente con sus demás compañeros de farándula. El teatro al aire libre de Ponteredo no gozaba del favor del público. A pesar del optimismo, que les había puesto una venda en los ojos, los actores tuvieron que rendirse a la evidencia.

Ocurrió esto una tarde. A punto de levantar el telón, advirtieron que el local lo ocupaban cinco espectadores: dos empleados del impuesto, y tres personas con entrada de favor. Hubo que suspender la función. La suerte no se mostraba propicia con los cómicos.

—¡Qué porvenir se nos espera!—lamentábase el

viejo Baldrian, señalando el abdomen y mirando con triste languidez a su voluminosa mujer y a Octavio.

—Si esto sigue así, el empresario no nos paga— repuso el cantante, consternado.

Se miraron con angustiosa comicidad los tres y se abrazaron apenados ante la incierta comida del mafiana. Poco después, despojados de los trajes de la representación, se disponían a salir.

Entretanto afuera, en la taquilla, Mimi y su amiga, que habían logrado unas horas de asueto, visiblemente contrariadas, no se resignaban tan fácilmente a no ver a Octavio.

—¡Necesito hablar a toda costa con ese artista! —dijo Mimi, resuelta y apasionada, a su amiga—. Esperaremos a que salga.

Las dos amigas, al acecho, aguardaron ver aparecer la gallarda silueta del tenor cuyas canciones y donaire enloquecían a Mimi.

No tardó en salir Octavio, acompañado de su inseparable camarada, el viejo Baldrian; y ante la presencia de las dos lindas colegialas que les sonreían, pronto dieron al traste con sus preocupaciones pecuniarias.

Baldrian le dió con el codo a su amigo y le guiñó un ojo maliciosamente.

—¿Qué hacemos, don Juan?

—Tú sígueme, viejo absurdo—respondió bromean-
do Octavio.

Se acercaron a las dos jóvenes. A la compañera de Mimi hacíale gracia la cabeza monda de Baldrian, sus ademanes un tanto desarticulados, y aceptó el brazo del viejo cómico que resultaba gro-

tesco en su afán de aparecer mundano ante los ojos burlones y vivarachos de la colegiala.

—Es usted una mujer divina, señorita. Por usted yo sería capaz de abandonar mi triunfal carrera artística donde tantos lauros llevo cosechados. Es usted digna de un Príncipe y de un gran artista...

Pero Baldrian no contaba en que la mirada de su obesa mujer le seguía los pasos hasta que, viendo a su marido tan amartillado, arrancó dispara-
da hacia él, y le dijo hecha un basilisco:

—A casa, vejestorio.

La muchacha soltó una franca carcajada ante la indignación de la obesa actriz, que echaba chispas por los ojos.

Mientras tanto, Octavio y Mimi fuéreronse alejan-
do abstraídos en su naciente amor.

Todo parecía sonreírles. El mismo jardín en que paseaban, les ofrecía la sonrisa de su eterno flo-
recer.

Alegres, a flor de labio la jovialidad de sus al-
mas, sentáronse en un banco. Fué un momento. Se miraron sonrientes, y Octavio preguntó:

—¿Mimi, me quiere usted?

—Sí, mucho.

Y sus labios sellaron con un beso aquella franca declaración.

Entre danzas y juegos, pasaban muy deprisa las horas para Mimi en el pensionado de Ponteredo.

No les ocurría lo mismo a Octavio y Baldrian.

La penuria que atravesaban les obligó a buscarse otras actividades con que ganarse el sustento.

Baldrian se hizo comisionista de una fábrica de condecoraciones, y Octavio fué a visitar a un antiguo amigo suyo, Director de un periódico de la localidad, y le expuso su triste situación.

—Puedo darte una plaza de repórter en mi periódico—le dijo el Director.

—Acepto—contestó el cantante. Y despidióse de su amigo con más alegre semblante que cuando entró, encaminando sus pasos hacia el pensionado en que residía Mimi.

Al llegar a las cercanías del jardín del instituto, saturado de un exaltado lirismo, entonó una canción en la que reflejaba la desbordante ternura que sentía por la cabecita rubia, en cuya mirada azul presentía el cantante la promesa anticipada de horas venturoosas.

Mimi se hallaba en aquel instante con sus amigas, ensayando danzas clásicas.

—Chist, esperad—les dijo a sus compañeras, al oír la endecha de amor que vibraba en los aires—. Es mi novio. Venid a verle.

Corrieron las compañeras, y se dispersaron en grupos por las avenidas del jardín. Con sus túnicas griegas daban la sensación de las ninfas del bosque que acudieran a las llamadas del dios Pan, y encaramándose a los árboles, atisbaron a su placer la arrogante figura del tenor.

Mimi salió a su encuentro, y sus amigas, prudentemente alejadas, hicieron guardia de honor al idilio de los enamorados.

—Vengo a despedirme. Sé que mañana partes

para Pontecuculi—le dijo Octavio, contristado.

—Es cierto. Yo bien quisiera quedarme aquí; pero mi padre no se avlene a que esté más tiempo alejada de él—respondió la muchacha dulcemente.

—No sé cuándo nos volveremos a ver, mi querida Mimi.

—Muy pronto—repuso con la mirada brillante la



—Ten confianza en mí. Le hablaré a papá. Papá es muy bueno.

joven—. Ten confianza en mí. Le hablaré a papá. Papá es muy bueno. No tiene más que un defecto: que es gordo y alcalde del pueblo—. Y agregó riendo—: Se le engaña fácilmente. No puede resistir mis mimos y caricias. Al primer beso comienza a flaquear su voluntad.

Se juntaron las manos. Con la confianza que da el amor, al cantante pronto se le olvidaron sus quebraderos de cabeza. Sentíase feliz y perdió la noción del tiempo. Pero éste se encargó de volverlo a la realidad y fué necesario despedirse.

Las amigas rodearon a la pareja y lanzaron un grito de viva el amor.

Octavio partió de allí con el alma henchida de ilusiones.

II

Pontecuculli. Pueblecito modesto, bello, enclavado en la fronda de un bosque. Sus habitantes ingenuos y sencillos llevados de su amor al campo, habían hecho del pueblo un lugar apacible, recreo de la vista y solaz para el espíritu.

Mimi, apenas hubo llegado, confesó el amor que

sentía por Octavio a su padre, hombre bonachón y crédulo, quien al enterarse de que el pretendiente de su hija era un cómico, se negó rotundamente a aceptar las relaciones de Mimi con el tenor.

—Te prohíbo en absoluto que sigas con ese cómico. ¡Jamás! ¡Jamás daré mi consentimiento para que te cases con un comicastro!



Mimi, apenas hubo llegado, confesó el amor que sentía por Octavio a su padre...

—Pero, papá, si tiene mucho talento. ¡Si vieras lo bien que canta!... Estoy segura de que triunfará... ¡Además, es tan guapo y tan amable!...

—¡Cállate! ¡No quiero oírte hablar más de ese pelagatos!

El alcalde de Pontecuculi dió un resoplido y se alejó de su hija.

—¡No, y mil veces no!—decía, mientras se marchaba. ¡Hay que ser enérgico! Estas señoritas modernas han perdido la cabeza. Son unas locas de atar. ¡Qué mundo! Todo se halla trastornado.

Mimi se refugia en el fondo de los puritanismos de su padre, y le escribió a Octavio. “Ven”, le decía en la carta.

Y se quedó tan tranquila, convencida de que de un modo u otro, pero siempre felizmente, se allanarían los obstáculos.

La carta llegó en el momento en que Baldrian le decía a su mujer:

—Inocencia querida. ¡Qué burlas tiene el destino! ¡Yo, todo un artista, repartiendo condecoraciones a los demás! ¡El mundo es cruel! ¡Es injusto!

—¡Calla, viejo presumido! ¡No te curarás de esa loca vanidad!

—Inocencia, no me llames pavo real. Sé justa. Siempre creí en la grandeza de mi arte, en el tuyo, en el de Octavio... Convén conmigo que el mundo nos infiere una grave injuria lanzándonos por otros derroteros.

—El mundo es así, Baldrian. Resígnate a asegurar el cocido.

Octavio observaba complacido la discusión del pintoresco matrimonio.

Habituados a los sinsabores que proporciona la agitada vida del teatro, su situación tenía una relativa importancia, y claro está, en vez de tomarla

en trágico, la aceptaban medio en broma y medio en serio.

En esta disposición de ánimo de los tres, llegó, como antes dijimos, el correo que traía noticias de Mimi.

Octavio resolvió obedecer la orden que le daba su novia, y, mostrándole la carta a su amigo, le dijo:

—Ahora mismo nos vamos.

—Pero es que me vais a dejar aquí sola?—interrumpió Inocencia.

—¡Naturalmente, mujer! ¿A dónde quieras que vayamos con tanto peso?

—Pues no me quedo!—protestó ella.

—Tendrá que ser—observó Octavio.

Inocencia siguió protestando de que la dejaran sola. Les llamó ingratos y egoístas.

El viejo Baldrian trató de disuadirla; pero ocultaba tan mal la alegría que experimentaba, que su mujer se lo echó en cara al verle la precipitación con que ayudaba a su amigo en el arreglo del equipaje.

—Pareces un vulgar ladrón que arreglase los bártulos para huir, temeroso de ser sorprendido por la justicia—le dijo irónicamente.

Baldrian asintió con la cabeza y añadió:

—No creas que andas muy lejos de ello.

—¡Dios te castigará!—exclamó su mujer, amenazándole con el índice.

Baldrian adquirió una actitud grotesca, y conteniendo la risa que pugnaba por salir de sus labios, repuso:

—Ya lo reza el adagio: “Quien bien te quiere...”—Y le dió un beso.

—¿Vamos?—intervino Octavio—. Dejaos de arrumacos.

—Andando—respondió campechano y animoso Baldrian.

Se despidieron de Inocencia y se encaminaron a la estación alegremente.

No se hizo esperar mucho el tren. Nuestros dos artistas se acomodaron en un coche de tercera clase.

Al poco Baldrian observó que una vieja absurda, seca y amojamada, les miraba con marcada insistencia.

—Oye tú—le dijo en voz baja Octavio—, ¿qué querrá esa vieja?

—No sé—repuso el cantante, encogiéndose de hombros.

La vieja de pronto extrajo un periódico de su bolso. Y empezó a mirar a Octavio y al periódico alternativamente, presa de una viva agitación.

Baldrian se alarmaba ante la conducta extraña de la viajera, no acertando a explicarse por qué hacía tantos aspavientos. La curiosidad de Octavio se despertó también, y ambos, llenos de estupor, se hacían señas, en las que reflejaban su perplejidad y sorpresa.

La viajera en cuestión, repórter gráfico de un rotativo, había tomado a Octavio por el príncipe Carlos, debido al sorprendente parecido que existía entre los dos, y atribuyó el hecho de que viajasen en tercera a un deseo del Príncipe de pasar por un riguroso incógnito.

Baldrian se asustó cuando la vieja extrajo de su maletín la máquina fotográfica, y creyendo que

iba a ser objeto de una agresión, echó a correr por el pasillo del tren.

—¡Socorro!—gritó, amparándose en los brazos del revisor.

El empleado, sobrecogido, le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

El cómico señalaba a la vieja, que a grandes zancadas se acercaba a ellos.

—Esa mujer nos quiere matar. Lleva una descomunal pistola en la mano.

—Pero si es una máquina fotográfica, Excelencia!—repuso la mujer, acercándose a ellos.

Si bien es cierto que el miedo le hizo tomar por una pistola al aparato fotográfico, no vaciló desde luego al oírse llamar Excelencia, en reputar a la señora por loca de remate.

Poco después había custodiado por todo el tren la voz de que Su Alteza viajaba de incógnito. Los viajeros acudieron al pasillo y se detuvieron en el umbral del coche, deseosos de contemplar a un príncipe viajando en tercera.

A Octavio le pareció de perlas la equivocación que sufrían acerca de su personalidad, y cuando entró el revisor, sin darle tiempo a explicaciones, le mostró el billete.

El empleado leyó:

Ponteredo

•

Pontecuculi

El empleado hizo una respetuosa inclinación de cabeza y en la primera estación comunicó al pueblo de Pontecuculi que Su Alteza el príncipe Carlos venía a visitarlo en viaje de incógnito.

La noticia cayó como una bomba en casa de Mimí.

—¡Oh, papá, qué sorpresa tan agradable! —El Príncipe viene a visitar nuestro pueblo! —dijo, colgándose en los brazos de su padre.

—Sí, hija mía —repuso el alcalde, orgulloso de serlo en aquellos instantes—. Y es preciso que le hagamos una acogida cariñosa. Que no se diga que los habitantes de Pontecuculi no quieren a su Príncipe. Como primera autoridad, daré el ejemplo esforzándome por que Su Alteza conserve de nosotros un grato recuerdo. ¡Qué honor tener en mi casa de huésped nada menos que al Príncipe!

El alcalde prodigó las órdenes a sus criados, enfebrecidos de actividad.

Las fuerzas vivas de la población se apresuraban a engalanarse con esa vanidad pueril de los sencillos. Trajes en los que la naftalina sostenía un encarnizado combate con la polilla y el tiempo, salían a relucir, a remozarse con un poco de luz.

No podía faltar entre los habitantes de Pontecuculi el director de orquesta. En un pueblo que no se produjese ese tipo dotado de un desarticulado lirismo, diríase que la mano de Dios le abandonó a un destino subterráneo.

No bien entró el tren en agujas estalló una salva de aplausos, y la charanga pueblerina atacó el himno nacional.

—¡Esto es demasiado! —le dijo Octavio a su amigo, contemplando desde la ventanilla a todo el pueblo, que ya le aclamaba.

—Silencio, muchacho; esto es admirable. Al fin vamos a comer hasta hartarnos —observó Baldrian.

Acto seguido se dispusieron a descender.

El alcalde se acercó a ellos ceremoniosamente y les saludó:

—Cuando se es tan popular como Vuestra Alteza, no hay incógnito posible, señor.

El cantante repuso:

—Y la alegría más grande que puede ofrecerme mi pueblo es la de que me reconozca en todos los instantes.

—¡Oh, Príncipe! Puedo aseguraros que en el feliz pueblo de Pontecuculi todos los vecinos os conocen y os son leales.

—De veras?... Pues manifiéstale mi gratitud.

Aclamados por los habitantes, los cómicos entraron en el pueblo.

Mimí, al verlos, comenzó a devanarse los sesos, sin adivinar la superchería de que sus convencinos estaban siendo víctimas.

Como era de ritual, los dos bohemios se hospedaron en la casa del alcalde, cuyos honores les hizo Mimí con su gracia sin igual.

A Octavio regocijábale la feliz ocasión que, en forma de Príncipe, le deparaba la suerte, para hablar a su antojo con su novia.

La muchacha, desconcertada y recelosa, procuró asegurarse de que aquél no podía ser otro que su novio.

—Perdone, señor —le dijo por lo bajo—. Su cara me parece recordar a otra persona.

Octavio no se inmutó de la certera sospecha y repuso con marcada afectación:

—No sé lo que pueden significar sus palabras.

Mimí le miró con ojos penetrantes, y dejando

ver una imperceptible sonrisa en sus labios, objetó:

—Si Vuestra Alteza ignora el significado de mis palabras, es que en realidad me equivoqué.

—Completamente—se apresuró a responderle el cantante.

Y cortando la conversación, se alejó.



Aquella noche, el alcalde procuró celebrar dignamente la llegada del Príncipe.

Aquella noche el alcalde procuró celebrar dignamente la llegada del Príncipe.

Los estómagos agradecidos de los dos comediantes necesitaban corresponder a tanta fineza y a Baldrian se le ocurrió la idea de plantificar a los

comensales el muestrario de condecoraciones que se trajo consigo.

—Señores: Reconocido a sus atenciones, Su Alteza desea otorgar a algunos de ustedes la gran condecoración de la Trompa del Elefante de primera clase.

Y esto diciendo, comenzó a regalar condecoraciones, hasta que se le agotó el muestrario.

La alegría que experimentaba el cantante era sólo comparable a la de un colegial en día de fiesta. Poco a poco le iba cobrando afición al papel de Príncipe que representaba. ¡Era tan agradable sentirse Príncipe, aunque fuera por breves momentos, a los ojos de la amada!

Henchido de alborozo su corazón, se retiró del festejo, necesitado de un poco de soledad. Y se internó por una alameda del jardín.

Mimí, que desde el principio del banquete le espiaba, lo siguió, y segura de que era su novio, corrió a él dispuesta a salir de dudas.

—¿Qué le ocurre, señorita? Desde que entré en Pontecuculi sus ojos me siguen por todas partes.

—Pero es que vas a hacerme creer que la voz, la sonrisa y el ademán no son tuyos, es decir, del tenor Octavio?

—¡Requito, bella niña, que se equivoca usted! Estoy seguro de que nunca, hasta ahora, tuve el gusto de verla.

—Bueno, pues ya que deseas que así sea... será...

Y cambiando el tono de su voz, agregó con despectivo mohín:

—¿Y si te ofreciera mis labios, sabrías reconocerme?

Tan tentadora invitación hizo vacilar a Octavio, sin que por eso confesara la verdad, y aprovechando, en cambio, la estratagema que le tendía la astucia de la jovencita, para volver a gustar la delicia de sus besos.

Después, Mimí, cogiendo por su cuenta a Baldrian, llegó a besarlo para intentar que declarase



—*¡Repito, bella niña, que se equivoca usted!*

que el Príncipe era el mismo tenor d'Olbert.

Grande fué la sorpresa del alcalde y de Octavio al encontrar a Baldrian amartelado con la muchacha.

—*¡Cielo santo!*—exclamó el padre de Mimí.—*¡Por qué besas a ese señor?*

—Yo soy así—contestóle con descaro su hija.—Un beso solo, además, no tiene importancia.

—*¿Y la moral?*

—*¡Bah, la moral! Papá, eres un cursilón.*

Como se trataba del secretario de Su Alteza, y éste también se unía a la bromita, el alcalde no se dió por ofendido, y de nuevo todos regresaron a la sala, retirándose luego el Príncipe a sus habitaciones, sin que Mimí hubiera podido poner en claro si aquella fingida majestad era la máscara tras de la cual se ocultaba, por burla o por juego, su novio.

Aun cuando los trataban a cuerpo de rey y su alojamiento nada dejaba que desear, el cantante acordó con su amigo aprovecharse de las circunstancias para reponer su bolsa exhausta, enviando

una pintoresca información al periódico de que Octavio era repórter.

En efecto, un día después, el director del diario recibió la siguiente carta:

"Querido amigo: Le adjunto las cuartillas que detallan la recepción del príncipe Carlos en Pontecululi. Si le parece bien, mándeme el dinero a



Como se trataba del secretario de Su Alteza, y éste también se unía a la broma, el alcalde no se dió por ofendido.

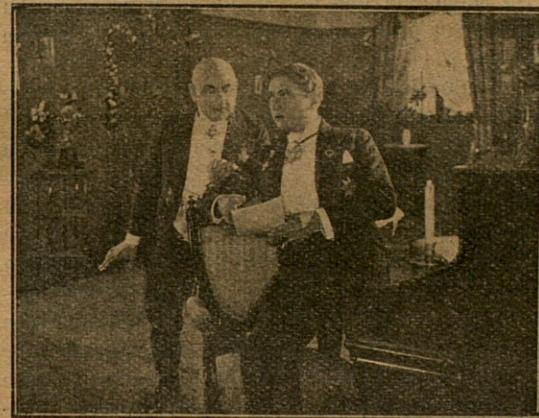
vuelta de correo, pues mis bolsillos vienen padeciendo desde hace tiempo una anemia incurable. Un apretón de manos de su amigo, Octavio."

Horas más tarde el periódico publicaba con grandes titulares, esta noticia sensacional:

LA RECEPCION DEL PRINCIPE CARLOS XVII EN PONTECULULI

El Príncipe se muestra satisfechísimo de su estancia en la ciudad. El viaje lo efectuó de incógnito riguroso.

No tardó el verdadero Príncipe en conocer la noticia.



...el cantante acordó con su amigo aprovecharse de las circunstancias para reponer su bolsa exhausta, enviando una pintoresca información al periódico...

—Deseo saber cuánto antes quién se atreve a hacerse pasar por mí—dijo a uno de sus dignatarios.

Pronto se averiguó la verdad, casi al mismo tiempo que Inocencia Primerose se enteraba también de la farsa que representaba su marido, por medio de la viajera que tanto asustó a Baldrian con su máquina fotográfica, y que era amiga suya.

—¡Habrá sinvergüenza!—exclamó la obesa señora.— ¡Ah, pues esto no quedará así! Me las va a pagar todas juntas.

No sabía ella que el verdadero Príncipe estaba dispuesto a pagar a su suplantador con la misma moneda.

—¿De modo, señora, que usted está resuelta a ayudarnos en nuestro plan de venganza?...

—Ya lo creo—afirmó Inocencia—. Ese granuja se ha burlado de mí.

—Pues ya verá usted con qué acierto sabré interpretar yo el papel del actor d'Olbert.

Aquel día, Octavio, que en el anterior expusiera su deseo de que se edificara un teatro en Pontecuculi, a cuya edificación debían contribuir todos los vecinos según sus recursos—artimafía de que se valió de acuerdo con Baldrian para quedarse con el dinero de la recaudación—, expresó al alcalde la complacencia con que asistiría a una fiesta popular.

—Quiero—le dijo—disfrutar del regocijo que mi presencia les produce a mis amados súbditos, compartiéndolo con ellos. Hágalo saber así.

—¡Oh, Alteza, cuánto honor!

—Bueno, alcalde, déjese de reverencias y vaya a dar las órdenes que estime necesarias, de modo que todo quede dispuesto para esta tarde.

A la hora convenida comenzó la fiesta en el "Ga-

llo Verde", donde se presentó el verdadero Príncipe con la terrible Inocencia, el primero dispuesto a hacer de farandulero y la segunda decidida a mostrarle a su marido las uñas.

La fiesta se hallaba en todo su apogeo; reinaba la alegría; Octavio jugaba con Mimi, burlándose de ella, pero sin perder ocasión de besarla; y el bueno y pantagruélico de Baldrian gozaba de su singular fortuna, cuando el cantante acertó a divisar al Príncipe.

Sintióse entonces acometido de súbita indisposición, y seguido de su compañero retiróse más que de prisa a sus habitaciones para emprender la fuga.

A todo esto, Su Alteza llegaba hasta el alcalde, a quien rogó:

—Deseo cantar en honor del Príncipe; soy el tenor Octavio d'Olbert.

La primera autoridad frunció el ceño:

—¿Octavio qué?

—D'Olbert.

—¡Ah!—exclamó el padre de Mimi.

Y por su pensamiento cruzó el recuerdo de la conversación tenida con su hija, a poco de la llegada de ésta del pensionado.

—Perfectamente—repuso—; puede usted tomar parte en la función.

Y mientras Octavio se volvía loco porque no veía la manera de huir, el Príncipe, llevando adelante su plan, aceptaba la nueva confusión de que fue víctima Mimi tomándolo por su novio y ocultándose con él en un pabellón, dentro del cual se pusieron a cantar la romanza de los enamorados, la eterna romanza que siempre se empleza poniendo

los ojos en blanco y nunca deja de concluir con lo mismo: el beso.

Todas estas escenas se desarrollaban en la noche, cuyas sombras son amigas de la intriga.

Baldrian, en tanto, había dado a conocer a los asistentes a la fiesta que Su Alteza se encontraba un poco enfermo, y no bien lo supieron las autoridades, acudieron al cuarto de Octavio para saber si se encontraba mejor.

En aquel momento, el cantante preparaba su equipaje, y Baldrian se vió y deseó para impedir la entrada a los curiosos.

Cerrado el camino de la puerta, los dos bohemios buscaron la huída por la ventana, por la que saltaron, cayendo en el jardín y siendo sorprendidos por uno de los acompañantes del Príncipe.

Baldrian, para disculparse, dijo:

—Su Alteza suele hacer gimnasia todas las noches antes de acostarse.

Salvado así aquel mal paso, trataron de ganar el pabellón.

De pronto se detuvieron.

—¿Oyes?—preguntó el tenor a su amigo.

—Oigo... y lo que oigo no es rumor de pareja mal avenida.

—Parece que se besan. Acerquémonos.

La indignación de Octavio al ver a su novia en brazos del Príncipe no es para dicha.

—Voy a avisar al pueblo—dijo uno.

—Y yo a su padre—añadió el otro.

Pero Octavio se quedó, y con tan poca fortuna, que entró en el pabellón cuando el Príncipe se escabullía, y de esta manera fué a él a quien sor-

prendieron el alcalde y los vecinos de Pontecuculi.

La aventura se acercaba a su desenlace. Concluidas las bromas, iban a empezar las veras.

El soberano de Ponteredo, que hasta entonces sólo había representado una farsa, igual a la que representaba el cantante, aunque completamente distinta en los efectos, presentóse de súbito acompaña-



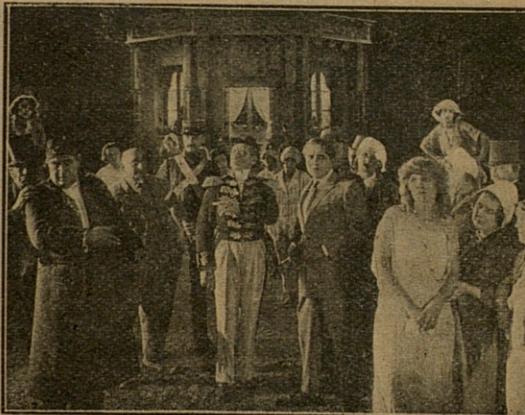
La indignación de Octavio al ver a su novia en brazos del Príncipe no es para dicha.

fiado de varios militares, en medio de la multitud que rodeaba a los amantes, y ordenó la inmediata detención de los dos bohemios, disponiendo que se les trasladara a la capital del principado para juzgarlos.

Puestos en prisión, Octavio y Baldrian desesperaban de su suerte. Visitáronles Mimí y la obesa Inocencia, reconciliada con su marido, compadecida de él, y a coro se lamentaban de su infortunio.

Se habían atraído la cólera de Su Alteza. ¿Qué iba a ser de ellos?

El tribunal encargado de juzgarles, reunido en



La aventura se acercaba a su desenlace. Concluidas las bromas, iban a empezar las veras.

el castillo de Ponteredo, después de un estudio detenido de la causa, dió su fallo, condenando a muerte al tenor.

Mimí, llorosa y desolada, acudió a echarse a los pies del Príncipe.

—¡Gracia, señor, gracia para él!—imploró.

—Imposible—contestó Su Alteza adustamente.

—Perdón para él—insistió la joven, alzando su rostro pálido en el que se reflejaba una angustia infinita—. Sed clemente, señor.

—Señorita, yo no puedo revocar el fallo de los jueces. Lo siento mucho, pero la sentencia será



...y a coro se lamentaban de su infortunio...

cumplida, para ejemplo de todos aquellos que se atreven a hacer escarnio de un soberano.

Abrumada por el infortunio que pesaba sobre su novio, Mimí retiróse vacilando, sostenida por su padre, que la había acompañado.

Sangraba su corazón. Turbada como estaba, no

había visto la sonrisa burlona que, mientras le hablaba, esbozaban los labios del Príncipe.

Horas más tarde, el cantante era conducido al campo de ejecuciones, situado entre los muros de la cárcel, en lugar visible para el aterrado Baldrian, que pudo ver desde su celda los trágicos preparativos que se hacían para ejecutar a su amigo.

Un pelotón de soldados situóse frente al condenado, cuyos ojos fueron cubiertos piadosamente por una venda.

Sonó la voz de mando:

—¡Preparen armas! ¡Ar!...

Oyóse el ruido de los gatillos.

—¡Apunten! —gritó el oficial.

Hubo un silencio, una pausa que fué como una larga e insufrible agonía para el pobre Octavio.

Súbitamente, seca e imperativa, volvióse a oír la voz del que mandaba el pelotón:

—¡Fuego!

Y una descarga cerrada llevó su triste eco a la celda de Baldrian, que se derrumbó poseído de espanto en el suelo, al mismo tiempo que Octavio caía también, diciéndose:

—Es raro; no me ha dolido nada.

Alguien se acercó al que acababa de ser fusilado y le retiró la venda que le cubría los ojos.

El tenor parpadeó con susto.

—Pero no estoy muerto? —se dijo.

Abrió más los ojos y vió que el pelotón había sido sustituido por un grupo de camareros, que habían sido encargados de simular la ejecución haciendo saltar los tapones de unas cuantas botellas de champagne.

De esta manera castigó el Príncipe al tenor Octavio d'Olbert, y como su magnanimidad era grande, para compensar al cómico del miedo sufrido, le entregó como esposa a la deliciosa Mimi, y devolvió a Baldrian a los amorosos brazos de su adorada esposa.

FIN

Próximo Número

La sentimental novela,
de magnífico asunto:

¡Madre amantísima!

Creación de
SUZANNE DERMOZ

Exclusiva Especial
GAUMONT

10 Fotografías

32 Páginas

Precio: 30 Céntimos

POSTAL REGALO:

HENNY PORTEN

Colecciones completas y nú-
meros sueltos atrasados a
precios corrientes, de venta,
en LA SOCIEDAD GENERAL
ESPAÑOLA de LIBRERIA, S. A.
Barbará, 16 - BARCELONA,
en sus Agencias de Provin-
cias y en todos los Kioscos
de España

